

En memoria de Antonio Machado

Soria, numantina y becqueriana
y Sevilla de las sales béticas
a tu alma, andaluza y castellana,
donaron su poesía y su fragancia.

Hoy te lloran, Antonio,
los gráciles álamos del Duero,
la humilde flor de aciano,
el hombre torvo del altiplano numantino,
los pardos encinares velazqueños,
el tahir, el logrero y el pelaire
de la España trabucaire y pícara
y el hombre ibero,
tallado en dura roca,
imprecando al Dios de las tormentas
cuando el granizo arrasa sus cosechas,

Te llora el ancho Duero
curva de ballesta en torno a Soria
y camino hacia la mar remota,
los grises peñascales de la sierra,
el alto pico del Urbión altivo
y las eternas nieves del Moncayo,

Sevilla, la del huerto claro
donde madura el limonero
—y transcurrió tu tierna infancia—,
enferma de nostalgia, llora
tu ausencia en tierras de Castilla,

tu fuga a extraños meridianos,
lejos de la nutricia tierra
cuna de tu raza y de tu estirpe.

¿Qué fué de tus socias
el profesoral Juan de Mairena
y el docto y lírico Abel Martín
a quienes tú, con tu *fiat* creador,
dotaste de precaria vida
y diste muerte prematura?

¿Y Guiomar, la enigmática Guiomar,
carne y sangre de tu fantasía,
tu dulce *Beatrice* a quien ceñiste
con cálido abrazo inolvidable,
llama viva que iluminó
los años postreros de tu vida?

Y allá, en la soriana orografía,
el alto Espino en que Leonor reposa
y espera tu retorno
del duro exilio de la dulce Francia,
ligero de equipaje y desnudo,
cual tú cantaste, como los hijos de la mar
—polvo y ceniza ya—
para dormir unidos
bajo el húmedo halago de la tierra
el sueño eterno en el seno de Dios,
—del Dios que tú tenías
dentro del corazón—
brezado por los vientos del Moncayo
y el cósmico rumor del padre Duero.

POMPEYO CRUZ

TRUJILLO EN FIESTAS

La Virgen de la Victoria. La Virgen de Fátima

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA



Es aquí lector amigo, dos devociones que realzan el alma trujillana: La devoción a la Santísima Virgen de la Victoria, excelsa Patrona de esta ciudad, y el encanto de Nuestra Señora de Fátima, prodigio permanente de idílica ternura y de inmarcesible candor. Fátima se ha dicho, estos días, que es la revelación más estupenda de los tiempos modernos.

Pero la Virgen de la Victoria y la de Fátima son dos sagradas imágenes de una misma celestial Señora: de MARIA. María es nombre delicioso y exuberante, embriagado de aroma teológico, sacado por Dios del tesoro de su divinidad. Digamos que las advocaciones marianas son todavía más numerosas y brillantes que las estrellas del cielo: Guadalupe, el Pilar, Covadonga, Loreto, Montaña, Victoria, Lourdes, Fátima... En total, infinitos títulos de esta gran Bienhechora de los pueblos.

Fue San Justino, siglo II, el primer adelantado que nombró a María con el dulce y venturoso apelativo de VIRGEN. Y después, se extendió como relámpago de luz, bañado de pureza y humildad por la Iglesia militante. A Orígenes, siglo III, se atribuye el haber dado a María el título de Madre de Dios. Así, María, resalta como la criatura más encumbrada: Superior a Ella, sólo Dios, sólo Jesucristo.

Aparte de la hermosa perla de la Maternidad divina que ostenta María, como la joya más valiosa de su imperial corona, fulge el diamante de su Virginidad perpetua. Porque María es la única mujer que es Madre y Virgen. Virgen y Madre acrecentada: tanto más virgen cuanto más madre; y tanto más madre cuanto más virgen.

En el orden natural, ya lo sabemos: maternidad y virginidad se excluyen: Toda mujer, salvo María, con afán de conservar el blanco lirio de la virginidad, ha de ser a costa de la aureola de la maternidad. O de otra forma: la maternidad natural es opuesta a la virginidad, según el binomio antagónico, virginidad-maternidad: Son dos fuerzas que sólo se han abrazado en la ternura del Inmaculado Corazón de María.

María fue la única mujer que «Entre las vírgenes fue Madre, y entre las madres fue Virgen». Porque por un milagro el Hijo de Dios